

llamas (1). Ya lo dijo el Espíritu Santo: *Aunque el hombre, en precio del amor divino, diere todos sus caudales, los reputará por nada* (2). Y el Apóstol decía: *Todo lo miro como basura, por ganar á Cristo* (3).

¡Amor, amor, h. mías! Amemos mucho á Jesucristo, y os aseguro que holgarán todas las reglas y todos los grados y cuantos libros se han escrito en materia de pobreza. Seamos pobres de espíritu, no por la recompensa prometida á los mismos, sino por amor de Cristo; pues, como dice San Bernardo, «el puro amor de Dios no es jornalero, pero no carece de jornal; y el que le sirve sin interés, es digno de recibirlo muy copioso» (4). ¿Sabéis qué recompensa merece? La que Dios prometió á Abraham cuando le dijo: *No temas; yo seré tu galardón* (5). Que el Señor nos lo conceda á todos.

(1) *Espirit.*, part. 3, cap. 27.

(2) *Cant.* VIII, 7.

(3) *Philipp.*, III, 2.

(4) *Serm.* 83, in *Cant*

(5) *Génes.*, XV, 1.

DE LA CASTIDAD



DE LA CASTIDAD

SOMOS de Dios (1), y como *hechura de sus manos* (2), debemos tratar nuestro cuerpo con religioso respeto. Así lo dicta la razón y sobre todo lo demuestra con evidencia la lumbré de la fe. Somos de Dios, repito; colgados de su Providencia vivimos y apenas podemos llamar nuestros los bienes naturales que poseemos, toda vez que Dios nos los ha concedido para que usemos de ellos, no á nuestro arbitrio y voluntad, sino con estricta equidad y justicia (3); y si bien gozamos de entera libertad (4) y somos moralmente dueños y responsables de nuestros actos (5), esta libertad no nos emancipa del soberano dominio que el Señor tiene sobre nosotros; de suerte que suyos son nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestras potencias y sentidos y nuestra vida entera, y sobre ellos ejerce ab-

(1) Rom., XIV, 8.
(2) Job, X, 8.—Psal. XCIX, 3.—
Psal. CXVIII, 73.

(3) I. Corinth., IV, 7.
(4) 2. 2, q. 144, art. 1. ad 1.
(5) Eccli., XV, 14.

soluto é ilimitado imperio (1). Así lo dice San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto: *¿No sabéis que ya no sois de vosotros?* (2). Pues bien; como pertenencia de Dios, nuestro sér humano adquiere cierta realeza, ó como dice San Pedro, cierta *participación de la naturaleza divina* (3), cierta consagración que nos santifica, y nos eleva sobre todo lo criado (4), y nos obliga á tratarnos como nos trata el mismo Dios, esto es, *con sumo respeto y reverencia* (5); y precisamente esta reverencia, este respeto, esta consideración y delicadeza con que debemos tratar y servir á nuestro cuerpo, constituyen como la esencia, la expresión y el ejercicio de la sublime virtud de la castidad perfecta, esto es, de cuerpo y de espíritu (6), según se colige de estas palabras del Apóstol, que son como consecuencia de las anteriores: *Glorificad, pues, á Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo* (7).

No es otro nuestro deber: *santificarnos* (8); y esta santificación, dice San Pablo, ha de consistir en *abstenernos de toda lascivia y de toda pasión de deseos inmundos* (9), *porque no nos ha llamado Dios á inmundicia, sino á santidad* (10). Cierto es que existen otras virtudes morales que pueden santificar nuestras almas, pero el Apóstol, dice San Juan Damasceno (11), quiere que ésto sea dote especial de la castidad; quiere que pertenezca á ella la gloria de procurar honra al cuerpo y santidad al espíritu; por ello, exhortando á las doncellas á mantener puro y sin mancha el blanco lirio de la virginidad, las asegura el mencionado Apóstol que, perseverando en castidad, lograrán *ser santas en el cuerpo y en el espíritu* (12).

(1) Génes., L, 19.—II. Paral., XX, 6.—Esth., XIII, 9.—Rom., IX, 19.

(2) I. Corinth., VI, 19.

(3) II. Petr., I, 4.

(4) Psal. VIII, 7.—Hebræ., II, 7.

(5) Sapient., XII, 18.

(6) Mons. Gay. Castidad.—I. Corinth., VII, 34.

(7) I. Corinth., VI, 20.

(8) I. Thessal., IV, 3.

(9) I. Thessal., IV, 5.

(10) I. Thessal., IV, 7.

(11) De fornic., lib. 6, cap. 15.

(12) I. Corinth., VII, 34.

Y en verdad no hay empeño más honroso, ni deber más urgente para la religiosa, que el de procurar ser santa en el cuerpo y en el alma, y para lograrlo allana maravillosamente el camino la práctica de la soberana virtud de la castidad, virtud característica de las esposas del Cordero immaculado, y manantial abundoso de delicias. De ella intento hablaros hoy, poniendo á vuestra consideración su «excelencia», sus «prerrogativas» y los «medios» adecuados para conservarla á toda costa, con la ayuda omnipotente de la gracia (1).

Plegue á Dios alumbrar mi entendimiento y purificar mis labios, para que mis palabras, como dardos encendidos, inflamen vuestros corazones y los enamoren de esta hermosísima virtud.

Comencemos por la definición. Castidad es una virtud moral que tiene por objeto refrenar la concupiscencia de cualquiera delectación impura, bien sea interna ó externa. Como virtud práctica, la castidad propiamente dicha, no es sino el respeto religioso con que el alma trata al cuerpo por amor de aquel Dios con quien está desposada en Jesucristo. Sabéis muy bien que la castidad constituye un precepto cuya observancia obliga á todo cristiano, sea cualquiera la condición y estado en que se halle; y quebranta este precepto, quien deliberadamente se deja dominar del cuerpo, aun con sólo el pensamiento ó el deseo. Terminante está la Sagrada Escritura en este punto. *En la gloria de Dios*, dice el Sabio, *no tiene lugar ninguna cosa manchada* (2). *Ni carne ni sangre*, añade el Apóstol, *pueden poseer el reino de Dios* (3). Pero hay otra castidad mucho más excelente, que no es sino de consejo, y llámase castidad perfecta, porque incluye la renuncia aún de los placeres sensuales lícitos á

(1) II. Corinth., XII, 9.—Philipp., IV, 19.

(2) Sapient., VII, 25.

(3) I. Corinth., XV, 50.

otro estado menos perfecto, y si se observa y practica con esmero durante la vida, constituye aquel estado de santa virginidad, que es como perla preciosa de la Nueva Alianza y lazo estrechísimo entre Dios y el alma (1). ¿Quién podrá alabarla como merece?...

Su excelencia.—Un ángel, hermanas mías, un ángel y no un ser mortal y corruptible, debiera encargarse hoy de hablaros en elogio de esta sublime virtud de la castidad, y lo haría muy cumplidamente, ya que es virtud angélica y no humana, si bien convierte en ángeles á los que la profesan, como dice el Santo Doctor de Aquino (2). Mas puesto en el deber, para mí muy grato, de hablaros de ella, forzosamente he de inspirarme en los luminosos escritos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que pudieron traslucir, guiados por la fe, el nobilísimo origen de esta esposa del Cordero inmaculado, y las prerrogativas que atesora, y las maravillas que ostenta, y los dones inefables con que distingue á las almas heroicas que en el mundo la practican.

1. Ante todo, dice San Ambrosio (3), conviene indagar el origen ó procedencia de esta soberana virtud, para tributarla el honor y respeto que merezca su linaje; y si llamamos nuestra patria aquella en cuyo suelo nacimos, bien puedo asegurar que esta cándida azucena debió nacer en los amenos vergeles del Paraíso, porque *la tierra maldita* en que vivimos entraña gérmenes de corrupción y de muerte, y no produce ni puede producir sino *abrojos y espinas* (4), digno fruto del primer pecado. Así es, dice San Buenaventura (5): La castidad trae su origen del cielo, y allí celebró sus desposorios con el Verbo de Dios en el seno del Padre celestial; y tan prendado quedó de su hermosura y tan enamorado

(1) Mons. Gay. Castidad.
(2) Lect. 5, De regim. princ., cap. 51.—S. Basil., Apud. platum, lect. 2, cap. 4.

(3) Lib. de virgin., epist. 81.
(4) Génes., III, 18.
(5) De profess. relig., lect., 2, cap. 52.

de su pureza, que quiso verla resplandecer en todos los moradores de la gloria, y dotó á los ángeles con esta joya, y al ver que en la tierra una virgen, por Él escogida (1), aventajaba en pureza y santidad á los espíritus de todas las jerarquías, atraído por la embriagadora fragancia de esta blanquísima azucena, quiso encarnarse y nacer de ella, para honrar la naturaleza humana en los dos sexos, y elevarla sobre la esfera de lo terreno, y sembrar esta bendita semilla en los corazones de innumerables vírgenes que, andando el tiempo, habían de ser sus esposas. Así lo confiesa la misma Virgen María cuando dice en los Cantares: *Mientras el Rey estaba en su reposo, mi precioso nardo difundió su fragancia* (2), esto es, mi fragante virginidad atrajo á Jesús desde el seno del Padre al mío; pues, como escribe San Bernardo (3), el reposo del Rey es el seno del Padre eterno. Por eso la dice San Juan Damasceno (4): «Tú eres ¡oh Virgen bendita! feracísima planta de virginidad; por tí la hermosura de esta flor nos ha traído del cielo *la flor del campo y el lirio de los valles* (5), para henchir con su fragancia toda la tierra.» Muy justo es, pues, añade San Agustín (6), que así como Jesucristo se incorporó á nosotros tomando carne humana, nos incorporemos con Él, llevando en nuestro cuerpo casto al que llevaron las purísimas entrañas de María; porque Cristo es maestro de castidad, y por lo mismo, quien no es casto, no puede llevar á Cristo en su cuerpo.

2. Vislúmbrase la particularísima y singular estima en que Dios tiene esta virtud, al calificarla de imponderable tesoro. *No hay cosa de tanto valor*, dice en el libro del Eclesiástico (7), *que sufra comparación con un alma continente*. Expo-

(1) Cant. VI, 8.
(2) Cant. I, 11.
(3) Serm. 42, in Cant.
(4) Orat. 3, de nativ. mart.

(5) Cant. II, 1.
(6) Serm. 13, in nativ. Dom.
(7) Eccli., XXVI, 20.

niendo esta sentencia divina, dice el sabio Cardenal Hugo (1). Efectivamente: ni el mundo universo con todo cuanto el poder infinito de Dios ha encerrado en él de bueno, de hermoso, de perfecto y deleitable; ni la soberana inmensidad de los cielos, con la prodigiosa disposición y orden de los elementos; ni la variedad de especies que embellecen la creación; ni la perfección natural del hombre; ni la grandeza incomparable de toda la naturaleza angélica, con ser la más sublime y perfecta del mundo... nada de esto puede equipararse con el esplendor y hermosura, con la dignidad, nobleza y encantos que atesora un alma pura y casta á los ojos de Dios. También el Apóstol San Pablo, al hablar de esta incomparable virtud, coincide con el Espíritu Santo en llamarla precioso tesoro que llevamos en vasos de barro frágil y quebradizo (2), y añade: *Sepa cada cual poseer el vaso de su cuerpo en santificación y honra, y no con pasión libidinosa, como lo hacen los gentiles, que no conocen á Dios* (3). Llama santificación y honra del cuerpo, guardarlo puro y casto; de suerte que la castidad es la santidad del cuerpo y la honra del hombre. La razón por qué hemos de esmerarnos hasta en la pureza corporal, la da el mismo Apóstol, escribiendo á los fieles de Corinto. *¿No sabéis, les dice, que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo mora en vosotros?* (4). Custodia de este templo, armada para impedir que nada impuro lo profane es, según Tertuliano (5), la castidad; y Dios quiere, dice el Profeta, que *la santidad sea ornamento de su Casa* (6), y si alguno profanare el templo de Dios, añade el Apóstol, *el mismo Dios lo destruirá* (7).

3. En cambio, quien procura, asistido de la gracia, cul-

(1) In exposit., cap. XXVI, Eccli.
 (2) II. Corinth., IV, 7.—S. Chrysost., cap. 1, epist. 2 ad Cor.
 (3) I. Thessal., IV, 4.

(4) I. Corinth., III, 16.—I. Corinth., VI, 15.
 (5) De cultu foemin., lib. 2, cap. 1.
 (6) Psal. XCII, 5.
 (7) I. Corinth., III, 17.

tivar con esmero esta virtud, aun viviendo en la tierra, adquiere cierta semejanza con los espíritus bienaventurados, teniendo por gracia la pureza que ellos alcanzan por naturaleza, y comenzando desde esta vida mortal á participar de la excelencia de la gloriosa resurrección, en la cual, como dijo el Salvador, *todos los justos serán como ángeles de Dios en el cielo* (1). Y es muy de codiciar esta honra, pues, como nota San Juan Damasceno (2), cuanto el ángel es superior á los hombres, tanto la virginidad es más gloriosa que las bodas. San Isidoro atrevase á decir (3), que la castidad no sólo hace semejantes á los ángeles, sino iguales; y apoya su opinión en las palabras que dijo Cristo Nuestro Redentor por el Evangelista San Lucas (4): *Que en el cielo serán los justos iguales á los ángeles é hijos de Dios, por ser hijos de la resurrección*, transformados en otro sér glorioso. Y si bien es cierto que todos los justos son hijos de Dios, como dice San Pablo (5), los castos tienen singular excelencia, por ser más semejantes á Jesucristo Nuestro Señor. Decidme: ¿puede encarecerse más la dignidad y excelencia de esta virtud, que equiparando con los ángeles al alma que la profesa?... Pues á mayor altura la pone San Juan Crisóstomo (6) diciendo, que la castidad en cierto modo hace á los hombres superiores á los ángeles; porque éstos, dice, ni tienen carne ni sangre, ni viven en esta tierra sembrada de miserias y peligros; mas el alma casta, con estar metida en este cuerpo de corrupción y de muerte, y vivir en continua lucha con las pasiones y apetitos depravados, y ser inferior en las fuerzas á los ángeles, procura, no obstante, hacerse violencia para imitarlos en la castidad y pureza. Y en esto se fundan los Santos Padres para llamar á la perfecta castidad virtud angélica; porque al profesarla el hom-

(1) Matth., XXII, 30.
 (2) Tract. 4. de fide, cap. 15.
 (3) Lib. 2, de sum. bono, cap. 40.

(4) Luc., XX, 36.
 (5) Rom., VIII, 14.—Rom., IX, 8.
 (6) Lib. de virgin., cap. 11.